

**La novela de la violencia política en el Perú desde la noción de revuelta.
El caso de *Retablo* (2004), de Julián Pérez**

Carlos Arturo Caballero Medina ¹

I

Revuelta es un concepto desarrollado por Julia Kristeva en *Sentido y sinsentido de la revuelta* (1998), *El porvenir de la revuelta* (1999) y *La revuelta íntima* (2001). Desde un abordaje que atraviesa lo etimológico, la literatura, la filosofía y el psicoanálisis, da cuenta de los sentidos y posibilidades políticas de la revuelta como expresión pulsional que permite *revelar la memoria y recomenzar el sujeto* (Bustos, 2008: 7).

Una lectura de la narrativa de la violencia política en el Perú desde la perspectiva de la revuelta kristeviana consistiría en explorar la memoria de la violencia a través de los relatos que sobre ella circulan en el presente con la finalidad de contrastar versiones diferentes y antagónicas a la hegemónica, y para subvertir la idea de que solo existe una versión de los hechos, es decir, para socavar las interpretaciones unilaterales sobre la violencia política y así ceder espacio a una versión más integral que tampoco desee perpetuarse sino que quienes la construyen sean conscientes de lo provisoria que debería ser, pues un constante estado de alerta evitaría la perpetuación de un discurso presentado como la memoria oficial del conflicto armado interno. En la exploración crítica del pasado y en la recuperación de la experiencia subjetiva, radica la utilidad del concepto de revuelta para analizar las representaciones de la violencia política en las novelas que sobre este proceso se han publicado en las últimas dos décadas en el Perú.

El propósito de este artículo consiste en analizar la novela *Retablo* (2004) del escritor peruano Julián Pérez Huaranca con la finalidad de reconocer cómo opera la revuelta kristeviana en la reconstrucción de la memoria individual y colectiva de la violencia política realizada por el narrador-personaje y al efecto de la revuelta sobre la ciudad letrada.

II

En *Retablo* se cuenta la historia familiar de los Medina Huarcaya; la del pueblo andino de Pumarana; la crisis existencial de Manuel Jesús Medina, personaje principal; y la historia sobre la violencia armada a comienzos de los años ochenta en Pumarana —comunidad de la provincia de Víctor Fajardo, departamento de Ayacucho— dirigida por Grimaldo, hermano mayor de Manuel Jesús (Gutiérrez, 2007: 23). La indagación en el origen de la violencia, línea argumental que articula la novela, se sostiene, en buena parte, en la historia de Grimaldo Medina, desde su infancia hasta su abatimiento por las fuerzas de orden.

¹ Magíster en Literatura Hispanoamericana por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Becario de SECYT para el Doctorado en Letras de la Universidad Nacional de Córdoba.

Se trata de una novela escrita bajo un registro testimonial, narrada a manera de una introspección en la memoria personal y colectiva de una comunidad, cuyos individuos constituyen una red fundamental en la historia de Manuel Jesús Medina. El regreso a Pumaránra lo confronta con su pasado, su historia y su memoria. Este viaje inicia un proceso de reactivación de la memoria que implica hallar, desentrañar y revelar una explicación acerca de su tragedia personal y la de sus compoblanos. Todo apunta al inicio de la violencia armada que asoló la región de Ayacucho en los ochenta, cuyos orígenes, sin embargo, se remontan mucho tiempo atrás. Esta búsqueda en el pasado determinará el momento en que se inició la violencia, las causas y circunstancias en que se produjo, y las secuelas que aún se prolongan hasta el presente. De este modo, la vuelta al pasado se propone como un medio para la reparación de un presente insatisfactorio, incompleto y carente de sentido. La comprensión del porqué, cuándo y cómo sucedieron los hechos de la violencia le permitirán a Manuel Jesús evaluar con mayor perspectiva su propio presente y el accionar de los actores: victimarios, víctimas y cómplices.

Retablo sitúa las coordenadas del origen de la violencia en las confrontaciones entre los “uquis” notables de Pumaránra, terratenientes y autoridades, y los indios “chutos”, pobladores desclasados y desposeídos, en particular entre el linaje de los Amorín y el clan de los Medina. También, en la rivalidad histórica entre las comunidades de Lucanamarca y Pumaránra. La perdurabilidad de esta violencia subsistente a lo largo del tiempo fue incrementando el resentimiento en las víctimas, pues muchos jóvenes de la región como Grimaldo, el hermano de Manuel Jesús enrolado en las huestes de los subversivos, hallaron en su propia historia familiar y comunal las justificaciones para revertir esta situación mediante la lucha armada contra el poder que los oprimía: el de los notables de Pumaránra y Lucanamarca, y el de las autoridades políticas que los apoyaban. En ese preciso momento, la violencia social de alcance cotidiano (odios personales, venganzas, asesinatos, agravios y abusos reiterados, y la ambición de los lucanamarquinos por las minas de sal de Pumaránra) desbordó cuando lo ideológico-político apuntaló una respuesta violenta contra una historia de agresiones igualmente violentas. En consecuencia, cuando la cotidianeidad de la violencia social se institucionalizó, es decir, cuando formó parte de las prácticas que regulan las relaciones entre los miembros de una comunidad, donde un grupo social actúa en perjuicio de otro sin posibilidad de cambio para los más vulnerables —debido a que el poder político es cómplice de tal situación— dicha violencia acumulada explicaría el origen y desarrollo de la violencia política.

De este modo, tal como lo propone la novela, el discurso de la lucha armada contra el Estado, sus instituciones y autoridades surgió como reacción ante el abuso de poder cometido por quienes se coludieron contra una población a cuyos miembros no se les consideró como ciudadanos sino como siervos. El resentimiento acumulado en las generaciones posteriores se articuló con la ideología revolucionaria del marxismo-leninismo-maoísmo que ofrecía a los desposeídos un camino de liberación y reivindicación.

La falsa promesa del progreso y su materialización excluyente acentuó más esta reacción violenta.

El regreso a Pumaranra confronta al protagonista con su pasado. Se trata tanto de una evocación psíquica como de una reinstalación presencial en los lugares de la violencia, de manera análoga al trabajo documental del cronista o del historiador, para recabar fuentes que corroboren o desmientan una versión predominante de la historia. Los recuerdos que Manuel Jesús trae a su comarca son contrastados con lo observado una vez allí.

Examinemos la dimensión psíquica de la evocación del pasado a la luz de la revuelta. Este concepto coloca “la literatura como una experiencia crítica estimable para ese sujeto que encuentra en el retorno retrospectivo, no ya una esperanza de cura (labor psicoanalítica por antonomasia) sino un ejercicio de cuestionamiento perenne” (González, 2008: 82). La revuelta recupera la capacidad crítica desde lo íntimo abriendo “la vida psíquica a una infinita re-creación” (Kristeva, 1999: 17). Manuel Jesús se siente inconforme con la lectura que tiene de su vida hasta ese momento. Esta es la principal motivación que posee para emprender el viaje de regreso en búsqueda de una explicación, si bien no más satisfactoria que la actual, al menos diferente y sobre todo esclarecedora. Lo primero que se advierte en sus reflexiones iniciales es no solo la voluntad de saber qué ocurrió, sino de “comprender el cataclismo que me [lo] arrancó de mi [su] comarca” (Pérez, 2008: 8); en otras palabras, hay un resto de ese proceso traumático generado por la violencia que, pese al transcurso de tiempo, permanece incomprensible. Una revisión crítica de las circunstancias que lo condujeron al desarraigo (indefectiblemente vinculadas a la violencia) es lo que se despliega a lo largo de la novela.

El trabajo de la memoria realizado por Manuel Jesús no consiste solo en recordar lo sucedido sino, además, en cuestionarlo. La ciudad de Huamanga es el primer escenario del pasado con el que Manuel Jesús se reencuentra. En el preciso instante en que reconoce el espacio y a la gente advierte rupturas y continuidades: por un lado, muchas cosas han cambiado: lo aparente, lo fugaz, lo cotidiano; por otro lado, lo constante es lo registrado en su memoria, es decir, el material mnémico que trae consigo previo al reencuentro, contenidos que se reactivan cada vez que se levanta un recuerdo. Por ello, la ciudad es otra y, simultáneamente, es la misma.

“Las callecitas son tan estrechas, más estrechas aún por las enormes construcciones de arquitectura reciente que en muchos casos han reemplazado a las viviendas de tejados a dos aguas. La calle Tres Máscaras parece otra y no la entrada al parque Sucre por donde ingresábamos los alumnos del Mariscal Cáceres portando faroles en vísperas del día de San Ramón. [...] miro rostros antiguos en los jóvenes que repiten los mismos ademanes de alguna gente que dejé a mi partida, cargan incluso sus mismas preocupaciones [...] (2008: 7).

Mi madre tal vez estará sentada en la puerta de la vieja vivienda, como lo hacía en mi niñez [...] Pumarana, la aldea de donde es ella y donde yo, en razón de ser también la prolongación de su existencia, pasé la mayor parte de mi juventud” (8).

Por su persistencia en indagar en lo más íntimo de la memoria, Manuel Jesús diseña un entorno propicio para la revuelta. Para Kristeva lo íntimo es “lo más profundo y lo más singular de la experiencia humana” (2001: 68). Manuel Jesús no cesa de interrogar su pasado con miras a desestabilizar la versión “oficial” de la historia personal que trae consigo, pero también de la Historia que predomina sobre el origen y desarrollo de la violencia armada, es decir, rememoración e interrogación simultáneos; ambas son posibles a través de la introspección, una facultad humana de larga data: “Aptitud para el retorno [...] rememoración, interrogación y pensamiento” (2001: 13). Así, “la Historia adviene como un dato de la memoria con el cual el sujeto establece un singular diálogo interpretativo. La Historia no es ya el *relato* de una temporalidad que subyuga y predetermina, sino una *experiencia*, e inevitablemente una marca íntima” (González, 2008: 85). Y en tanto experiencia es susceptible de ser rediseñada mediante un retorno retrospectivo que dé lugar a un nuevo relato y a una nueva lógica del tiempo de la memoria, pues la narración fragmentada y el tiempo circular en que se despliega la novela son algo más que técnicas narrativas: son formas de subvertir una linealidad hegemónica en el curso del tiempo. Allí donde se rompe esta linealidad opera una revuelta del tiempo de la memoria. La subversión del tiempo ejecutada por la revuelta y manifiesta a través de la técnica narrativa culmina en una nueva temporalidad que ofrece una nueva interpretación (temporal) de la historia, que sigue una lógica diferente, personal, reconstruida por un sujeto en particular: “subversión temporal de la rememoración histórica” (87).

La recuperación de la memoria colectiva de otros sujetos de la comunidad se hace posible a través de los recuerdos de Manuel Jesús. Así, un solo hombre encierra la historia de muchos hombres, lo cual destaca los vínculos entre lo individual y lo colectivo. *Retablo* nos demuestra que “no solo se vive una vez” porque la memoria actualiza infinitamente el pasado, como refugio y evasión, pero también como un medio para iniciar un proceso de reparación del presente:

“Todo, todo correspondiente al pasado vivido por mi padre se me hacía realidad en cada uno de los tambos, en cada una de las quebradas andinas, en cada retorno a la vieja ciudad o en cada regreso de la antigua ciudad. [...] A veces empezaba a identificar a cada uno de sus personajes con sus nombres, apellidos, ramas familiares, costumbres, virtudes, defectos, instintos, proclividades, en fin, todo lo que puede contener una entidad humana” (39).

En este punto observo el desarrollo de una revuelta de la historia personal y colectiva que sienta un precedente para reconstruir la memoria de la violencia. El acto de renombrar la realidad actual puede ser explicado como la ejecución de una revuelta íntima, entendiéndose tal renombramiento como la resignificación o reinterpretación de la versión

hegemónica de una historia. El concepto de revuelta de Julia Kristeva resulta muy útil para entender este proceso por el cual desde el presente se establece un curso diferente para el sentido de un relato personal o colectivo. Kristeva señala que la salvación de la vida psíquica pasa por darle un espacio a la revuelta: “romper, recordar, rehacer [...] un permanente volver a empezar [...] A diferencia de las certezas y de las creencias, la revuelta permanente es ese cuestionamiento de sí mismo, del todo y de la nada que, evidentemente, ya no tiene lugar o razón de ser” (1999: 9).

Esta necesidad de reinterpretar su historia personal mediante la reconstrucción del pasado hace necesario reinstalarse en el lugar donde aconteció la violencia y buscar a los sujetos de la memoria, quienes también poseen distintas versiones de la historia colectiva y de la historia del protagonista. El contraste entre estos relatos y la versión inicial que trae Manuel Jesús contribuirá a la elaboración de un relato integral que dará cuenta de aspectos complementarios ausentes en los relatos previos. Al ser contrastados con el testimonio de los otros y con el suyo propio, los recuerdos que conserva hasta su retorno a Pumaranra se transforman progresivamente hasta obtener un gran relato sobre la violencia política esta vez de naturaleza intersubjetiva, o sea, en diálogo con las versiones de otros sujetos.

Por el contrario, mientras se postergue ese trabajo de la memoria, los individuos y la colectividad verán dificultada la comprensión de las secuelas de la violencia en el otro. La elaboración de un gran relato sobre la violencia a partir de los relatos aislados que se van recogiendo en el lugar de los hechos demuestra la existencia de una compleja red donde se articula lo público y lo privado, lo individual y lo colectivo. Al evocar la memoria colectiva, también se es portavoz de los otros, se sienta un precedente para que los demás inicien su proceso de recuperación de la memoria personal y lo contrasten entre sí. En este sentido, el emprendimiento de Manuel Jesús constituye un acto ejemplar para todos los sujetos de la memoria.

“He venido, después de tanto tiempo, elegido por el espíritu de los ausentes, sediento, tornasolado. Esperanzas, mitos, cosmogonías de la progenie irredenta me han redimido a cambio de convertirme en buril de su memoria. Quiero darle nombre al río eterno orillado de retamas y matas de tunales que no deja de transcurrir en mis paisajes interiores. Por suerte tengo a mi madre y a mi hermana que me han de guiar de aquí a la quebrada andina de mi niñez, al crepúsculo serrano de bueyes, becerros, alfalfares y, sobre todo, a comprender el cataclismo que me arrancó de mi comarca” (2008: 8)

Esta novela representa un esfuerzo por la recuperación de la memoria personal a partir del reencuentro con un lugar y con hechos de la vida cotidiana. Al respecto, Paolo Rossi señala que “El mundo en el cual vivimos está lleno desde hace mucho tiempo de lugares en los que están presentes imágenes que tienen la función de atraer algo a la memoria [...] En los lugares de la vida cotidiana innumerables imágenes nos invitan a comportamientos, nos sugieren algo, nos estimulan de diversas maneras” (2003: 26). El trabajo de la memoria de

Manuel Jesús no es documental sino vivencial, pues involucra una autorreflexión sobre su historia personal sobre la base de su experiencia y la de los otros. Las fuentes de su revuelta son los testimonios directos de quienes padecieron la violencia.

Durante el proceso de reconstrucción de su memoria, Manuel Jesús hallará las claves para explicarse el presente. Por eso regresa a su pueblo natal, para ubicar el momento en que se echó a perder su vida. Solo de esta manera, y luego de un balance del pasado, podría situar ese momento crítico y trabajar en su reparación después de comprender las circunstancias que lo produjeron. La reparación se realiza en el presente pero hurgando críticamente en el pasado. Entiéndase “reparación” como arreglo o reconstrucción para el ejercicio de una nueva función, una reinterpretación de los acontecimientos, una relectura de la historia o una sustitución de significados, todo ello producto del enjuiciamiento de los relatos que sobre la violencia ha logrado conocer y que han modificado su relato personal.

III

Para Néstor Medina, padre de Manuel Jesús, la educación era un medio para lograr un posicionamiento social que compensaría la exclusión. Tal movilidad no se obtendría necesariamente por la vía económica, sino intelectual. La riqueza que Néstor quería procurar para sus hijos estaba en el poder de las letras, en lo que ofrecía la ciudad letrada:

“[...] se apresta a invertir todo lo que puede generar la fuerza de sus brazos y la venta de los poquísimos animales con que cuenta el hogar, en la adquisición de una rara riqueza: que sus hijos conozcan el abecedario, de anverso y reverso. Que conozcan, mediante la escritura descifrada la Historia, la geografía de la alegría y la filosofía de la felicidad” (2008: 28).

A partir de su propia experiencia, ya que fue víctima de maltratos y atropellos por parte de los notables de la comunidad, quienes tenían dinero pero no instrucción, resolvió que sus hijos no se expondrían a lo mismo.

En *Retablo* se aprecian las motivaciones de las familias rurales para educar a sus hijos. Los estudios servirían no solo para obtener un trabajo sino para defenderse con solvencia de eventuales abusos. En este sentido, el acceso al conocimiento sería la mejor herencia que Néstor y Escola podrían dejar a sus hijos, pues “ni ladrón ni mandón podrá arrebatarles, salvo por propia voluntad si son descastados” (28). No obstante, enviarlos a estudiar significó un gran sacrificio para los padres de Manuel Jesús, a contrapelo de las circunstancias que hasta ese momento les habían impedido acceder al saber.

Comprendiendo la importancia que tuvo la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) para la comunidad ayacuchana urbana y rural, se puede comprender cómo en *Retablo* se describen las expectativas de la población rural porque sus jóvenes estudien en la universidad y cómo el acceso al saber letrado y los grados académicos podían subvertir las jerarquías socioculturales imperantes. Es conocido el prestigio que por

la época tuvo la Universidad de Huamanga. La UNSCH fue un espacio de confluencia donde la población local establecía lazos y posteriormente constituían familias. El primer impacto de la reapertura de la universidad en 1959 fue el repliegue del conservadurismo religioso local del dominio político público. Asimismo, fue la punta de lanza para el ingreso de la modernidad en la región. Al momento que se reabrió la universidad, las clases dominantes regionales estaban debilitadas económica y políticamente: “[...] la universidad, [...] a partir de 1959 se convirtió en foco dinamizador que podríamos llamar integral, en tanto su influencia abarcó desde la economía hasta la ideología” (Degregori 2011: 132).

No hay que perder de vista que la UNSCH fue el puntal de la ciudad letrada en Huamanga, pues aquella casa de estudios reprodujo la sacralización de las letras tal como en la metrópoli limeña, las cuales adquirieron para la comunidad urbana y rural un poder liberador “de cualquier servidumbre con las circunstancias”. La burocracia a la cual hizo alusión Ángel Rama en su descripción de la ciudad letrada estaba asociada a funciones de poder (Rama 1998: 32). A la burocracia eclesiástica y estatal, se añadió con la reapertura de la UNSCH en Huamanga, la de los educadores, profesionales, escritores y otros actores intelectuales ávidos por demostrar su competencia en el uso de la palabra escrita. La UNSCH trascendió los espacios académicos y se convirtió en un centro de difusión de ideas progresistas, atractivas para los jóvenes que se acercaban a las aulas y que veían la educación superior como un medio de movilidad social y progreso. A esto se añade que en la región norte del departamento de Ayacucho las mayores movilizaciones sociales no fueron agrarias sino por la gratuidad de la enseñanza. Esta demanda social por la educación, cuya representación material y simbólica era la UNSCH, fue muy bien aprovechada por Sendero Luminoso² (2011: 138).

Mencioné anteriormente que, de acuerdo a lo planteado en la novela, el mayor acicate para que los padres de las zonas rurales enviaran a sus hijos a estudiar a la escuela y la universidad fue el asegurarles un medio para que puedan confrontar las limitaciones que los confinaban a un perpetuo estado de sometimiento, es decir, procurarles una mayor movilidad social basada en el saber letrado. Manuel Jesús recordaba cómo su familia sentía un gran orgullo de que Grimaldo fuera “profesor de antropología cultural en el Instituto Nacional Superior de Educación”. El capital intelectual de los alzados en armas a los que se unió Grimaldo era su bien máspreciado. Visto así, la maquinaria que puso en marcha la lucha armada se fundamentó en una rígida formación ideológica marxista-leninista-maoísta

² En un contexto de gran efervescencia política (guerrillas del MIR y ELN, la Revolución Cubana, la revolución cultural en China, mayo del 68, la división del Partido Comunista en facciones pro soviéticas y pro chinas, etc.) las universidades públicas peruanas atravesaron un agudo proceso de radicalización que culminó en una toma de posición ideológica frente al saber, por el cual las ciencias sociales se convirtieron en un instrumento para la revolución.

recibida en las aulas universitarias³. Ese conocimiento sería utilizado para explicar e interpretar su historia colectiva y para justificar la lucha armada contra el Estado y revertir la violencia estructural de la cual habían sido víctimas ellos como jóvenes y sus ancestros. Este fue el revés de las esperanzas colocadas por las familias campesinas en los hijos que enviaban a estudiar. Si por un lado tenían la esperanza de que se hicieran de una profesión que los ayudara a defender mejor sus derechos, por otro, el anhelo de reivindicación alimentó ideológicamente el resentimiento social.

Aquí operaría una revuelta acerca del mito del poder letrado. La expectativa de los padres al enviar a sus hijos a educarse descansaba en la esperanza de procurarles una mayor movilidad social y asegurar que pudieran enfrentar con mayor fortuna la desigualdad. La revuelta de los padres de familia campesinos se elaboró luego de que examinaron su propia experiencia de sometimiento, es decir, indagaron críticamente en su propia historia y concluyeron que un futuro diferente era posible sino para ellos al menos para sus hijos. La revuelta familiar se sintetiza en: “no seas como nosotros, estudia para defenderte, puedes crearte una historia mejor que la nuestra”. A ello se agrega la revuelta juvenil. Los jóvenes estudiantes provincianos urbanos y rurales poseían legítimas aspiraciones de movilidad social pero se encontraban con una modernidad excluyente en lo social, político, cultural y económico. La universidad les ofrecía una vía de ascenso social pero también la posibilidad de hallar una explicación organizada de su situación en la realidad nacional y de los límites y posibilidades de cambiarla. Conforme pasaron los años, la educación y la universidad adquirieron gran importancia para las clases populares, emergentes y en especial para los migrantes andinos en las ciudades. Carlos Iván Degregori analizó con detenimiento la particular relevancia que tuvieron las ciencias sociales en las demandas que los padres buscaron satisfacer a través de sus hijos. En su estudio, se observa que el interés por las ciencias sociales experimentó un explosivo crecimiento entre la década del sesenta y el setenta.

“Los estudiantes que se forman en esa época en ciencias sociales expresan en buena medida el proceso de democratización social y masificación que por entonces comienza a vivir la universidad peruana. Se trata mayormente de una juventud mestiza de la pequeña y mediana burguesía provinciana, en busca de raíces. No es casual, entonces, que de los más destacados científicos sociales de esa etapa, la mayoría haya comenzado en antropología [...] Porque la antropología era influida por el indigenismo, su objeto de estudio era casi exclusivamente el Perú rural y andino, y dentro de él, la comunidad campesina” (2011: 171).

³ Sendero Luminoso concedió una gran importancia a la formación ideológica de sus integrantes. Abimael Guzmán enfatizó más la formación de una sólida convicción ideológica que en el entrenamiento militar de sus seguidores.

Grimaldo Medina y los jóvenes que lo secundaron en la lucha armada también revisaron críticamente su historia, primero desde la experiencia y el sentido común y luego desde la ideología de los insurgentes. Pero de acuerdo a la trama de la novela, lo que ocurre es que el discurso político revolucionario de los insurgentes redefinió la motivación inicial de los padres. Mediante el adoctrinamiento político en las aulas universitarias y eventualmente en las escuelas, los maestros adscritos al marxismo-leninismo-maoísmo formaron cuadros entre los jóvenes estudiantes rurales, quienes luego de culminar sus estudios reprodujeron la misma situación en sus pueblos y provincias aledañas. En líneas generales, se mantuvo el objetivo primario —luchar contra la desigualdad, la injusticia y la opresión— pero se reinterpreto la manera en que ello debía hacerse: el discurso revolucionario de los insurgentes suponía la lucha armada contra el Estado y la lucha de clases, acciones no contempladas directamente por las familias de los jóvenes estudiantes y tampoco estos últimos. Esta revuelta fue resultado de la explicación recibida por estos estudiantes, ávidos de hallar respuestas a cuestiones de identidad cultural sin renunciar al ideal del progreso: una idea crítica y subversiva de la realidad peruana, pero impartida mediante una formación cerrada, dogmática y autoritaria que los ganó para una causa que prometía reubicarlos en una posición activa, como agentes de un cambio histórico que durante su proceso de instalación invertiría los valores imperantes en la sociedad hasta ese instante.

Pero en realidad aquello fue una pseudo revuelta: “el rechazo de antiguos valores en provecho de un culto de nuevos valores cuya *interrogación* es suspendida” (Kristeva 2001:13). El efecto de una *pseudo* revuelta es la perpetuación de nuevos dogmas. “El nihilista *pseudo* revelado es, de hecho, un hombre reconciliado en la estabilidad de nuevos valores. Y esta estabilidad, ilusoria, se revela mortífera, totalitaria. No podré insistir suficientemente acerca del hecho que el totalitarismo es el resultado de una cierta fijación de la revuelta en lo que es precisamente su traición, a saber, la suspensión de la vuelta retrospectiva —que equivale a una suspensión del pensamiento” (2001:14). La *pseudo* revuelta es crítica a la vista de tal memoria pero eleva al rango de dogma la otra memoria a la cual se adhiere incondicionalmente, sin cuestionarla. Por el contrario, la verdadera revuelta en el sentido que lo plantea Kristeva no se detiene jamás, su movimiento retrospectivo de cuestionamiento crítico es infinito y se aplica a toda forma de identidad memorial. Si hay deber de memoria, es ante todo crítico y no apologético. De acuerdo a ello, la revuelta kristeviana se da cuando Manuel Jesús reflexiona sobre la participación de los maestros en el adoctrinamiento de los estudiantes al evocar la figura de su hermano Grimaldo, pues la revuelta no apunta a la perpetuación de una nueva jerarquía de valores ni al simple negacionismo del pasado, sino a una alerta constante frente a proyectos definitivos, totalitarios y unitarios, porque “la cultura re-vuelta explora la permanencia de la contradicción, lo provisorio de la reconciliación, la evidencia de todo lo que pone a prueba la posibilidad del sentido unitario” (Kristeva 2001: 24). Reflexionando desde el presente, Manuel Jesús concluye que el discurso aparentemente liberador de los subversivos resultó, finalmente, tan ficcional como la mejor literatura que recordaba haber leído. Pero en vez de

reivindicar las fortalezas del discurso ideológico de los insurgentes o ensayar una refutación de sus debilidades, Manuel Jesús contrasta la vehemencia justiciera de su hermano con el escepticismo de su padre, un dirigente comunal a quien, pese a su larga historia de resistencia, la lucha armada no logró seducir.

“—[...]Estás cometiendo una locura. Si yo caminé como caminé, con reconocimiento o sin él, por hacer valer los derechos del pobre, lo hice porque tuve madre y padre en la gente del pueblo... Tú tienes tu familia, incluso tienes alguien quien te puede dar hijos, Grimaldo... —No te llamo cobarde, viejo, no. Pero es claro que dejaste de lado las enseñanzas que nos diste, directa o indirectamente... Qué pasó con tus pasiones de antaño, viejo... Haz entender a mi madre [...] tú conoces que tales actitudes de la gente del pueblo, de los más atrasados, eso de robarnos las cosas, es cosa común en tiempos como éste, entenderán; si no lo hacen tendrán que ser barridos juntos a los ‘perros moros’ de Belaúnde...” (275)

En su manera de intentar revertir la injusticia, Néstor Medina también operó una revuelta producto de una lectura vivencial: exponer a sus hijos a la humillación si los incitaba a luchar en los términos que el luchó, o sea, como dirigente comunal, fue redefinido por una lucha en la que el saber letrado les daría las armas necesarias para “persuadir así sea al enemigo más marrajo sin recurrir a la fuerza o cualesquiera de las malas artes” (2008: 106). Esa es la revuelta vivencial de Néstor Medina: mirando su propia historia, su pasado, concluye que hay otra forma de resistir y enfrentar la opresión y la injusticia, es decir, subvirtiendo los valores imperantes; esperaba que sus hijos lograrían ello a través de una carrera universitaria.

La actitud que Néstor y Manuel Jesús adoptaron desde su presente frente a su historia personal concuerda con lo que Julia Kristeva estableció para la revuelta: “Esta re-vuelta [...] no se realiza en el mundo de la acción, si no en el de la vida psíquica y en el de sus manifestaciones sociales (escritura, pensamiento, arte). Sin embargo, en la medida en que se trata de una mutación del vínculo del hombre con el sentido, esta revuelta cultural [...] tiene consecuencias profundamente políticas; plantea otra política, la de la conflictividad permanente” (1999: 25).

De lo anterior, se percibe que Kristeva desarrolla la revuelta en dos planos que se articulan: el psiquismo y el campo sociocultural (Urribarri, 1998: 10). Las consecuencias políticas de la revuelta de Manuel Jesús, cuyo origen radica en su experiencia psíquica, tienen implicancias personales y sociales: en lo personal ayudará a resolver, aunque temporalmente, las interrogantes existenciales que lo aquejan:

“Nadie me creará, ni el esforzado y cómplice lector de estas líneas [...] que he llegado a esta vieja ciudad de numerosas iglesias sólo porque quiero curarme del estrés, de la

diabetes, de la tristeza, sobre todo, porque quiero levantarme todavía a la vida [...] Ya dije: he venido aquí a forjar la memoria de la progenie irredenta a la cual pertenezco.

[...]

De modo que echar mano a la memoria para reconstruir el pasado fue la primera contienda dispuesta por mí a mi llegada a esta ciudad. Luego vendría la búsqueda de los que ya no están entre nosotros” (2008: 219).

Ello influirá en una nueva manera de recordar para él y su familia y, por consiguiente, en la evaluación del proceso de la violencia, tarea que podrá ser continuada por otros sujetos: la elaboración de un gran relato integral sobre la memoria de la violencia de acuerdo a la experiencia particular de cada uno. Por el contrario, esa conflictividad permanente a la que se refiere Kristeva estuvo ausente en el discurso subversivo de Grimaldo, fundamentado en explicaciones cerradas y no en el posible cuestionamiento de su ideología. En este sentido, la revuelta es afín al presente planteamiento, ya que “no se trata, entonces de una revuelta en el sentido de avanzar hacia un *dichoso futuro*, sino, al contrario, de un *retorno* y de un *proceso*” (1998: 94) (la cursiva es mía).

“Otras veces reflexiono en lo que hizo de su vida mi par, y no le concedo razón alguna; pero hay instantes en que le doy toda la razón del mundo. Quisiera tener una balanza para comprobar qué peso de ignominia puede mandar a la hoguera a un hombre como Grimaldo, quien pudo haber elegido una vida fácil, luego que lograra hacerse profesional a sus veintidós o veintitrés años” (2008: 221).

IV

Por todo lo expuesto, sostengo que el concepto de revuelta permite desarrollar una interpretación alternativa a los discursos hegemónicos acerca del conflicto armado interno en el Perú a partir de la importancia que se le concede a la experiencia y al examen crítico de la memoria, pues ambos confluyen en la obtención de un relato integral sobre la memoria de la violencia política. En la novela *Retablo*, de Julián Pérez, considero que es aplicable al conjunto de acciones emprendidas por el protagonista principal, Manuel Jesús Medina, específicamente, en su esfuerzo por comprender el origen de la violencia, contrastar los relatos individuales sobre los acontecimientos y, sobre la base de estos, elaborar un relato integrador que concluya en la obtención de un nuevo sentido para el presente: que la violencia política no surgió de la nada sino que fue producto de la violencia estructural e institucional y que, por lo tanto, era inevitable el advenimiento del sujeto subversivo, pues su aparición obedecía a una estrategia de representación para una nueva subjetividad acorde a las circunstancias. Esta revuelta consistió, en primer lugar, en construir una memoria alternativa sobre la base de relatos parciales para elaborar un gran relato, o sea, revolver críticamente el pasado para lograr una versión integral de la historia. Y en segundo lugar, en desacralizar el mito del poder letrado, ya que la educación fue el

vehículo de un dogmatismo que a la postre justificó una respuesta violenta contra quienes fueron considerados opresores del pueblo.

Etimológicamente, revuelta significa “pasar hacia atrás y volver hacia el futuro. Una memoria fuerte de la transformación, pero que no es nunca una negación del tipo ‘estoy en contra y mato eso’” (Kristeva, 2011). En otras palabras, el sentido de la revuelta es la resignificación de los antiguos valores para que surjan otros nuevos, los cuales volverán a examinarse. “Y para eso hay que apropiarse del pasado, pensarlo, y hacer algo nuevo. Esa es la revuelta contemporánea”. La revuelta revitaliza al individuo y a la sociedad que la emprende, “constituye el único pensamiento posible, indicio de una vida simplemente viva”. De otro lado, la aplicación de la revuelta al proceso de representación de la violencia política nos permite recuperar el lugar de la experiencia subjetiva para la evaluación de acciones tendientes reelaborar un discurso dominante, en el caso de *Retablo*, reformular la idea de que el sujeto subversivo es depositario del mal puro. La revuelta exige cuestionar permanentemente las creencias propias y ajenas. Y eso es lo que finalmente ha logrado Julián Pérez en esta magnífica novela.

Bibliografía

Avanessian, Armen y Lucas Degryae 2002 “La locura, la revuelta y la extranjería. Entrevista con Julia Kristeva” en *Signos filosóficos*, N° 7, enero-junio.

Bustos Gajardo, Gustavo 2008 “Ética y reificación en las ciencias sociales: hacia un análisis del mundo incalculable” en *Youkali*. Revista crítica de las artes y el pensamiento. N°6. Disponible en: <http://www.youkali.net/6a1-YOUKALI-Bustos-Gajardo.pdf>

Degregori, Carlos Iván 2011 *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999* (Lima: IEP).

González Rodríguez, Ariel 2008 “Estaba Alba Lucía sentada en el verde limón La novela como experiencia íntima y revuelta” en *Grafía* (Bogotá) N° 6. Disponible en: http://www.fuac.edu.co/recursos_web/descargas/grafia/grafia6/078-089.pdf

Gutiérrez, Miguel 2007 “La novela y la guerra (Parte 2)”. *Libros & artes: revista de cultura de la Biblioteca Nacional del Perú* (Lima) No. 20-21. Julio.

Kristeva, Julia 1998 *Sentido y sinsentido de la revuelta. Literatura y psicoanálisis* (Buenos Aires: Eudeba).

_____ 1999 *El porvenir de la revuelta* (México: FCE).

_____ 2001 *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis* (Buenos Aires: Eudeba).

_____ 2011 “Psicoanálisis y literatura son la misma cosa”. Entrevista a Julia Kristeva en *Revista Ñ* (Buenos Aires), N° 424. 12 de noviembre. Disponible en: http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/julia-kristeva-entrevista_0_589141333.html

Pérez, Julián 2008 (2004) *Retablo* (Lima: San Marcos).

Rama, Ángel 1998 *La ciudad letrada* (Montevideo: Arca).

Rossi, Paolo 2003 *La memoria, el pasado, el olvido* (Buenos Aires: Nueva Visión).

Urribarri, Fernando (1998). “A modo de introducción”. Julia Kristeva. *Sentido y sinsentido de la revuelta* (Buenos Aires: Eudeba).